

La huelga de los ocho puertos

LOS ocho puertos de Canarias han estado en huelga desde las cero horas del día 6 de mayo. Huelga que pasado el día 6 se hizo inevitable en opinión de los trabajadores portuarios afiliados mayoritariamente a un sindicato unitario local (Asociación de Estibadores Portuarios) tras la negativa de los consignatarios canarios a aceptar las peticiones fundamentales (desde el punto de vista de aquéllos) de entre sus más de cincuenta apartados reivindicativos que constituyen la plataforma social presentada a la par que económica desde el 17 de abril. Los trabajadores habían usado el preaviso de huelga antes de iniciarla como consecuencia de que la Dirección General de Trabajo derogara un Decreto ministerial de 1 de abril por el que se otorgaban aumentos salariales para el sector. La necesidad de negociar un convenio regional y la exigencia de control popular (organización ciudadana general) de las tarifas de usuarios fueron, entre otras razones, las dos causas primordiales que movilizaron a más de tres mil obreros de las tareas portuarias canarias.

Al cumplirse, al cierre de esta edición, los diez primeros días de huelga en los ocho puntos del archipiélago en las numerosas y caldeadas reuniones entre consignatarios y estibadores repartidas entre las dos capitales provinciales, no sólo no se ha llegado a ningún acuerdo, sino que el presidente de la mesa negociadora, el inspector de Trabajo de Las Palmas, Aguilar Santos, se ha decidido a suspender indefinidamente las tandas de discusión entre ambas partes. Ante la determinación de que las autoridades portuarias estuvieran presentes en dichas reuniones, la parte social se ha negado a que para ello se ponga como condición la previa vuelta al trabajo. En rueda de prensa, los estibadores habían asegurado anteriormente estar dispuestos a "ventilar" el tema en un debate público ante las cámaras de televisión. Dado que la huelga coincidía con una época alta de exportaciones de plátanos: canarios a la Península, Baleares y Marruecos que ascendían a cerca de ocho mil quinientas toneladas (por un valor de quinientos millones de pesetas), los dos gobernadores civiles autorizaron la utilización de personal contratado, especialmente de entre los censados en las listas de paro obrero, que en Canarias oficiosamente representan unos cuarenta mil, para efectuar las operaciones de carga y descarga bajo la "protección firme, permanente y eficaz" de las Fuerzas de Orden Público. Al parecer, por esta razón se produjeron algunos enfrentamientos entre "esquiroleros" y "piquetes huelguistas". La CREP, exportadores de plátanos, habla salido al paso de la huelga, calificada por algunos de "catastrófica" para la economía insular, señalando que afectaba a los agricultores, las cooperativas y el consumo peninsular y balear, que quedaría desabastecido. Los trabajadores portuarios han refutado las acusaciones de los consignatarios manifestando que "del bien colectivo no se nos hable cuando cayeron en el vacío nuestras propuestas de atender al abastecimiento de la población y de los sectores fruteros".

Otro argumento que los consignatarios han esgrimido para desacreditar la huelga de portuarios, sector que ya parara durante la pasada huelga general del 12 de diciembre (cuando la muerte del estudiante Javier Fernández Quesada), ha sido el de que el sector de estibadores fue siempre privilegiado en sus percepciones salariales, que oscilan entre las 50.000 y las 90.000 pesetas. A ello han respondido los trabajadores, justificando que esas cifras las cobran sólo una minoría, mientras para la gran mayoría (especialmente los estibadores de las islas menores, con inferior tráfico portuario) la realidad salarial es otra bien distinta. Sin embargo, las organizaciones de trabajadores portuarios de las dos provincias no habían facilitado datos estadísticos que avalaran las afirmaciones de los trabajadores.

Los últimos días se tenía la impresión de que el Consejo de Ministros último, que trató el tema, iba a decretar, por sus repercusiones en la economía nacional, el cese de la huelga, mientras los trabajadores confirmaban que en los puertos catalanes e ingleses, los estibadores se habían solidarizado con sus posturas, negándose a descargar los barcos procedentes de Canarias. ■ GRUPO MARTIN CARMELO.

Con él llegó el escándalo

MANUEL CAMPO

"Señor Reventós: como ya he visto su cara al oír las manifestaciones sobre el marxismo que acaba de hacer Felipe González ('Mi cara es mi cara y nada tiene que ver con esto', interrumpió sin violencia el líder socialista catalán)... En fin, quiero preguntarle cómo se va a enfrentar a la protesta de sus militantes, que se producirá mañana mismo por la mañana, a las nueve. Y a Felipe González quiero preguntarle si no puede sucederle con los socialistas catalanes lo mismo que a Carrillo con el PSUC, que con sus declaraciones levanta polvaredas".

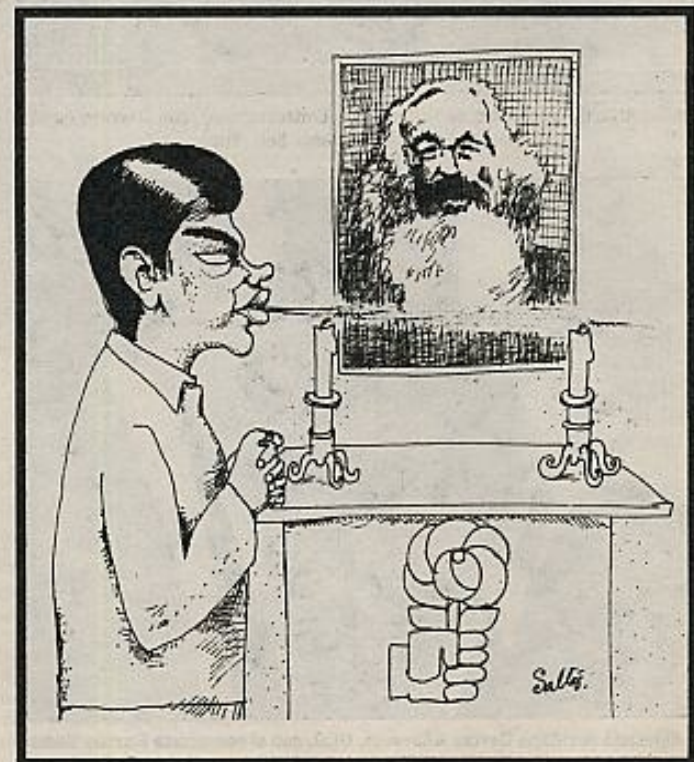
CON aquellas dos preguntas de Margarita Sáenz-Diez, Felipe González advirtió en seguida que aunque se hubiese expresado en los mismos términos en otras ocasiones, había algo en aquel ambiente que iba a imprimir una mayor trascendencia a sus palabras.

Efectivamente, entre los periodistas y políticos comensales, estaba aún demasiado fresco el recuerdo preciso de las palabras de Carrillo sobre la conveniencia de abandonar el término "marxista-leninista"; fresco el recuerdo de la dura polémica surgida entre los comunistas catalanes; fresca la memoria de las censuras que socialistas del PSC prodigaban a las posiciones políticas del PSOE hace escaso tiempo, criticándolos

por españolistas y por socialdemócratas dependientes de la Segunda Internacional y, fresco, en fin, el anuncio de unas fechas concretas del mes de julio para celebrar el congreso de fusión entre la Federación Catalana del PSOE y el PSC, con el añadido del PSC (r) que fue de Pallach, por lo que quedan numerosos problemas de acoplamiento por resolver todavía. Por eso las palabras de Felipe, si quemaron en el resto de España, cayeron como una bomba incendiaria en la noche barcelonesa.

Película del "strip-tease"

Hablaba Felipe González a los periodistas que respondieron a la





Felipe González, Joan Reventós y Verde Aldea, durante la cena en la cual el líder del PSOE hizo profesión de fe socialdemócrata.

convocatoria de la Asociación de la Prensa dando correctamente la imagen de alternativa de poder que quiere ofrecer (moderación combinada con contundencia, datos inéditos de sumo interés, planteamientos realistas, etcétera). Hablaba Felipe a los comensales ayudado, o perjudicado, mejor, por la infame megafonía del hotel Colón, cuando, al terminar una frase, recuperó el micrófono para hacer un añadido de bote pronto: "Les diré más; yo pienso presentar en el próximo Congreso la propuesta de que se quite la palabra marxismo de la Declaración programática del PSOE".

Hubo un silencio sepulcral, sólo interrumpido por el chasquido de las miradas al cruzarse: los periodistas se miraron a los ojos unos a otros para comprobar que habían oído bien; los políticos socialistas repartidos por las sala se observaron entre sí y después comprobaron que los periodistas ya estaban a la caza de su reacción; en las postrimerías de aquel largo instante, todos miraron finalmente a Reventós. La expresión de su cara sí tenía que ver con todo aquello.

"Si eso ha de ser piedra de escándalo, me alegro y lo mantengo", remató Felipe, muy seguro, a petición de un informador. "De todas formas, es una opinión personal", matizó en una segunda referencia al tema. "Comprenderán ustedes que les he hablado un poco a pierna suelta, sin preocuparme ni del off de record ni nada", añadió casi al final, con algún signo de preocupación. "La prensa es que no me ha interpretado bien", comentaría al día siguiente en Madrid.

La sensación general de la velada había quedado resumida en una frase que saltó por encima de

una mesa: "¡A ver quién se quita más!".

Las razones de Felipe

Aunque después lo haya repetido en otro momento, lo que Felipe razonó después de su afirmación, formaba un cuerpo compacto que deberá repetir como un disco ya en toda rueda de prensa y reunión interna que celebre en los próximos meses, hasta que el tiempo borre el recuerdo del Congreso socialista que todavía no se ha convocado.

"En cien años de vida del PSOE, que se cumplirán en el 79, la palabra marxismo sólo ha figurado en la Declaración programática desde el último Congreso, y ya fui entonces contrario a su introducción (...). En el PS caben socialistas y socialdemócratas, siempre que estén de acuerdo con su programa, y a mí, en concreto, no me importa que me llamen socialdemócrata (...). A nadie se le piden profesiones de fe. El marxismo, como método de análisis, lo mantenemos en nuestra base de actuación, pero no estará más presente en el PSOE, porque figure en su Declaración programática (...). A mí me gustaría, tal vez, no tenerme que llamar marxista, pero es así (...). Un partido socialista en el poder heredará más zonas de rozamiento con los poderes del Estado y deberá tener una mayor base de apoyo electoral. Esa base hay que buscarla y, hacia la izquierda, nos encontramos con el señor Carrillo y el PSUC, por lo que no se ve otra perspectiva que buscar votos en otra dirección (...). Me parece positiva una apertura ampliando el abanico, si se sigue siendo socia-

lista, siempre, vamos, que no demos pie para que nos canten lo del camaleón (...). Los socialistas necesitamos, para gobernar, siete u ocho millones de votos y, como sólo tenemos cinco y medio, habrá que buscar los que nos falten (...). Debemos, además, si no obtenemos una mayoría absoluta, hacer alianzas hacia la derecha y hacia nuestra izquierda".

Preguntado Reventós al filo de la madrugada, respondió con cierta gravedad: "Yo soy marxista".

La alarma y la respuesta

Cuando amaneció, la alarma se produjo velozmente, como podrían demostrar la Telefónica y las admiraciones de los diarios. Poco después, la agrupación del PSOE de Barcelona y la de Gerona, así como numerosos militantes a nivel individual, han dicho que por ahí no pasan.

Entre tanto, el PSC completa su viraje hacia el PSOE, que en cierto modo ha girado también en Cataluña hacia el PSC, como sus militantes advierten, no siempre con entusiasmo, con la sensación de que Felipe González, con sus declaraciones en este preciso momento, ha sido poco oportuno y menos en Cataluña. Algo así como una última piedra al final de una forzada curva tras la que se encuentra la imprescindible unidad socialista.

Lluvia sobre Pujol

Si en Madrid Suárez premiaba a los socialdemócratas de UCD, dándoles el secretario general del

partido al objeto de evitar su fuga hacia un PSOE desmarxizado, en el que parece que Felipe González les está preparando la cunita, la repercusión organizativa y electoral en Cataluña puede ser totalmente distinta.

La UCD catalana y su complemento, la Unió del Centre (Güell de Sentmenat), prácticamente no se han dado por enterados; no tenían por qué. El impacto esencial lo ha recibido el partido de Pujol, donde un sector se reclama socialdemócrata y otro, socialista nacionalista. En ese ala se ha detectado una sensación de que, a partir de ahora, Pujol debe quererlos más, como Suárez trata mejor a los seguidores de Fernández Ordóñez; la repercusión, no obstante, ha sido en este caso menos espectacular porque no había cargo alguno vacante ni crisis de familia como la que vive UCD.

A nivel electoral la repercusión tiene connotaciones previsiblemente distintas, porque en Cataluña no se deja sentir ese vacío aterrador de partidos consistentes que existe entre el PSOE y la UCD. Y, además, porque en Cataluña se ha votado a la izquierda sin temer la presencia del apellido marxista (casi el 30 por 100 a los socialistas y casi un 20 a los comunistas). Quiere ello decir que los votos que puedan ganar los socialistas sobre Pujol por quitarse la definición marxista del programa —lo que, por otra parte, es muy posible que no suceda— no son tantos como en el resto de España, donde desde Ruiz-Giménez a Cantarero del Castillo y desde cien intentos de impulsar una socialdemocracia hasta el PSOE histórico, han abandonado vagones de huérfanos electores que el PSOE puede adoptar.

En cambio, más probable parece en Cataluña que los socialistas perderían votos por su izquierda en el caso de que, en los próximos meses, se conozcan nuevos datos en el sentido de una moderación progresiva del PSOE. Independientemente de que ello se produzca, Felipe González ha contribuido a señalar con mayor claridad la frontera entre los electores del PSC y del PSUC, que en algún punto contactaban.

El profesor Fraga, que en Madrid comentó las declaraciones de Felipe González con alborozo, debería añadir esta distinta repercusión en Cataluña y en el resto de España de una misma formulación política, a la vista de elementos que justifican las diferencias entre unos pueblos y otros y que también están en la base de la reivindicación de la existencia de varias nacionalidades en España. Y ello sin pretender que los comportamientos electorales se conviertan en elementos de definición de una nacionalidad. ■